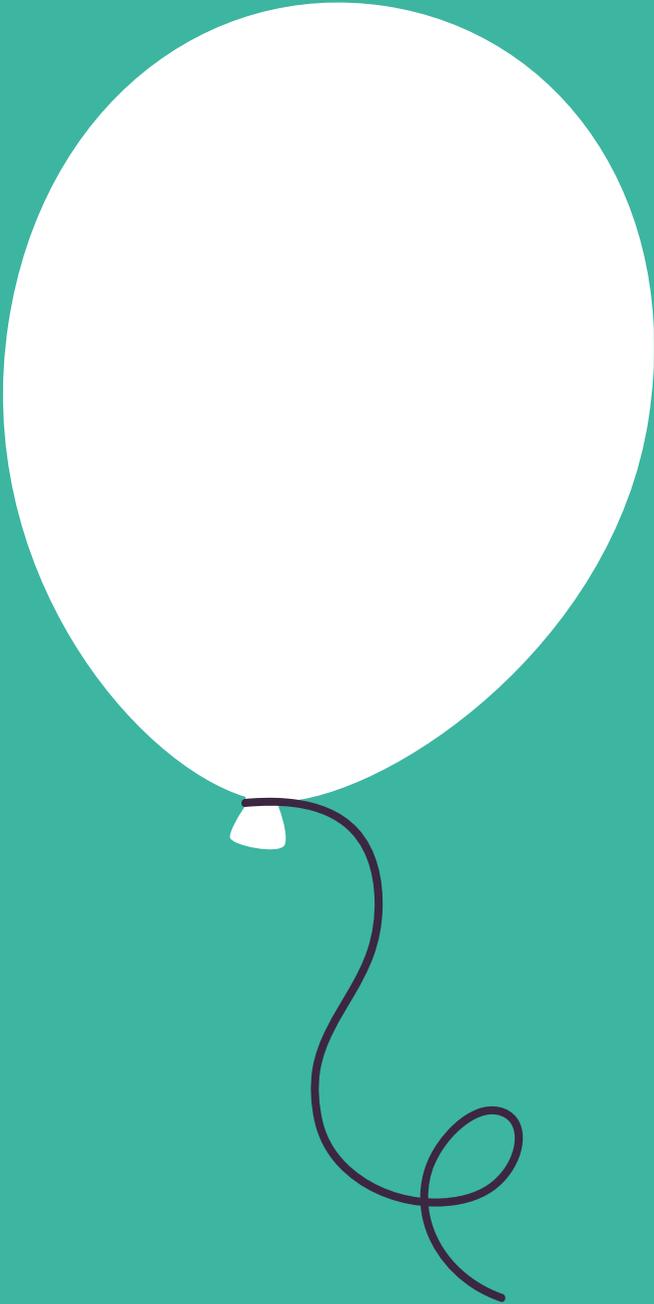


LA LUCHA POR LA VIVIENDA

**CICLOS FINANCIEROS,
RENTISMO Y
ORGANIZACIÓN**

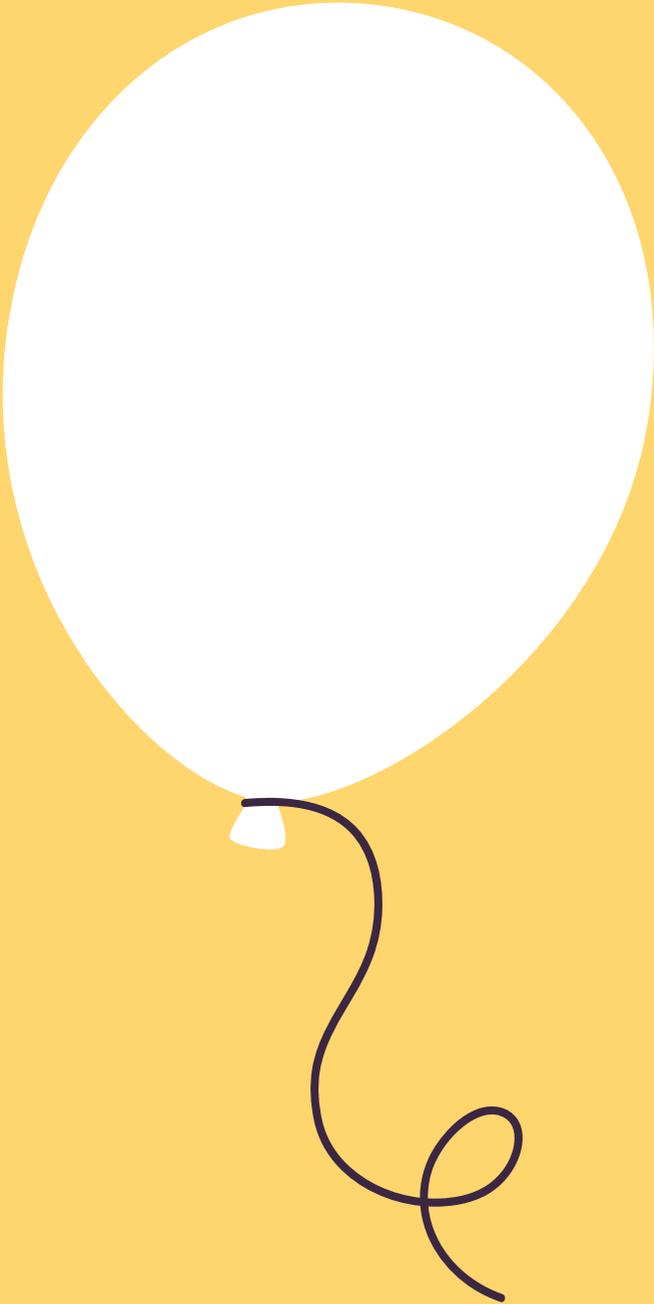


GUÍA DE LECTURA



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
SESIONES	7
TEXTOS	15
BIBLIOGRAFÍA-LECTURAS	48



INTRODUCCIÓN

En el curso 2024/2025 asistimos a las mayores movilizaciones que se recuerdan en defensa del territorio y el derecho a la vivienda. Definitivamente, el ciclo inmobiliario que mueven las economías turísticas, la vivienda en alquiler y la crisis de la sociedad de propietarios han despertado un fuerte grado de oposición.

Desde la Islas Canarias hasta Las Baleares, desde Málaga hasta Madrid y Barcelona, todas las ciudades ven como se levantan movilizaciones. La lucha territorial en el ámbito urbano ha encontrado en los pisos turísticos y la imposibilidad para muchas personas de acceder de manera digna a una vivienda sus dos elementos de impulso. Ciudades convertidas en parques temáticos, espacios urbanos destinados a la pura inversión o políticas públicas que no tocan los problemas de fondo son algunos de los síntomas de un problema estructural de las economías capitalistas.

A través de ellos se pueden ver como se han estructurado distintos ciclos financieros y de inversión, cuales son sus modelos de acumulación y extracción de rentas. Al fin y al cabo, entender la función que el territorio urbano y los entornos construidos juegan en las dinámicas capitalistas, pero también en las políticas públicas que ayudan a sostenerlas.

En este curso haremos un breve mapa de propiedad inmobiliaria en el Estado español, también de las dinámicas patrimoniales y rentistas que lo impulsan. Todo con la intención de pensar

—en segundo lugar— cuales son las posibles apuestas de lucha en este contexto. ¿Quién y cómo nos podemos organizar en el futuro? ¿Cuáles son las luchas por venir?

Este cuadernillo que tienes entre las manos es una guía de lectura de distintos textos, referencias bibliográficas y enlaces a los audios del curso de Nociones Comunes titulado Las luchas de la vivienda.

SESIONES

SESIÓN 1. CARTOGRAFÍAS DEL CONFLICTO INMOBILIARIO

Pablo Carmona. **Nociones Comunes**

AUDIO



La realidad inmobiliaria española tiene múltiples aristas: turismo, vivienda, nuevos desarrollos urbanos, oficinas, sector logístico. En todos ellos la apuesta pasa por acelerar el desarrollo de los circuitos capitalistas y sus infraestructuras logísticas y de consumo. Sobre ellos se asienta un mapa de la propiedad muy complejo en el que actúan todo tipo de sujetos empresariales, fondos de inversión, sector bancario y hasta distintas economías familiares.

La primera pregunta del curso pasa por entender en qué medida estos desarrollos, la apuesta por mantener a flote el ciclo inmobiliario español es viable. ¿Será posible reproducir la sociedad propietaria? ¿Qué futuro le espera al sector inmobiliario?

SESIÓN 2. CAPITALISMO RENTISTA Y EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

Javier Moreno Zacarés

AUDIO



En la última década, España se ha convertido en un emblema de la contradictoria relación entre capitalismo y vivienda. Durante el boom del precio de la vivienda de la década de 2000, España construyó viviendas a una escala sin precedentes, con niveles de producción que eclipsaron los de todas las grandes economías europeas. Sin embargo, cuando las fortunas de los mercados inmobiliarios cambiaron, se produjo una oleada de embargos, y un número masivo de hogares se vieron arrojados a la calle, ya que una parte considerable del parque de viviendas quedó vacía. A su vez, la implosión del capitalismo residencial español desencadenó una intensa oleada de malestar que ha llegado a dar forma a una década de agitación política.

En esta sesión analizaremos el caso español para sacar a la luz y teorizar el funcionamiento del capitalismo residencial. Se revelará así cómo el desarrollo del capitalismo residencial y el conflicto social urbano se han constituido mutuamente, arrojando luz sobre la relación histórica entre las crisis inmobiliarias,

el malestar urbano y la evolución de los mercados inmobiliarios. El libro desarrolla un marco historicista para entender el capitalismo residencial, una contribución importante para una época en la que los mercados inmobiliarios han llegado a determinar los ritmos del capital global.

SESIÓN 3. HACIA UNA TEORÍA DE LA RENTA DEL SUELO URBANO

Carles Badenes Escudero y Marta Ill Raga.
Grupo de renta, Sindicat de Llogaters

AUDIO



En la fase actual del capitalismo financiero, no es posible comprender el capital sin actualizar la teoría de la renta adecuada y ajustarla a los modos de extracción de rentas en el mercado inmobiliario. Pero, ¿qué es la renta? Sobre todo queremos entender qué función juega, como se genera y produce en los entornos construidos de las grandes ciudades.

Como señalan los ponentes: **“La renta es una relación social.** Partimos del concepto de renta del propio Marx: igual que el capital, la renta es primero de todo una relación social . Eso quiere

decir que es una relación derivada del modo de producción — en este caso, capitalista— en la que están insertos diferentes actores sociales. Cabe destacar que Marx produjo todo esto en diálogo con David Ricardo y otros economistas clásicos, que estaban investigando la renta para justificarla desde un punto de vista capitalista, en cuanto a criticar y cuestionar porque hay una organización social que funciona de forma rentista, es decir, con personas que extreman el valor económico de la tierra y el suelo por el simple hecho de ser propietarias. Marx pone el énfasis en estas relaciones socio-económicas” y eso mismo intentaremos en esta sesión.

SESIÓN 4. DE LA ORGANIZACIÓN INQUILINA A LA HUELGA DE ALQUILERES **Sindicato de Inquilina de Madrid**

AUDIO



“Desde el Sindicato de Inquilinas de Madrid, creemos que organizarnos junto a nuestras vecinas, especialmente entre las que compartimos un mismo casero, es una de las mejores formas de crear poder popular en nuestras comunidades. Es así cómo somos capaces de generar conflictos colectivos con suficiente

potencia como para asegurarnos victorias y mejorar nuestras condiciones de vida, hasta el punto de cambiarlo todo juntas.”

En esta sesión nos centraremos en la propuesta de organización del Sindicato de inquilinas de Madrid tratando su modelo de lucha y los horizontes que abren a través de la propuesta de la huelga de alquileres y la confederación de luchas.

SESIÓN 5. PERSPECTIVAS SOCIALISTAS EN TORNO AL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

Javier Zapato. Movimiento Socialista

AUDIO



La apuesta socialista en torno a los debates de vivienda se podrían resumir en este párrafo de Alex en la revista Gedar:

“Nosotros proponemos el horizonte estratégico del proceso socialista y su traducción para las luchas económicas; un horizonte de autodefensa de un proletariado y capas de la clase media que van cayendo, aún con mucha dispersión y poca articulación política. Queremos desarrollar estas discusiones con

el movimiento como militantes socialistas en vivienda, interpe-
lar al resto de la gente que participa en vivienda y ver hasta qué
consecuencias lleva eso.

Al mismo tiempo, entendemos el momento de ofensiva bur-
guesa que se está dando y de retroceso del movimiento; por ello,
es importante que tales discusiones vayan acompañadas de la
capacidad de generar dinámicas, acuerdos tácticos, de afrontar
las movilizaciones o coyunturas que se puedan dar de manera
unitaria, pero, por nuestra parte, deberá ser desde la indepen-
dencia política consciente, no basada en una unidad abstracta
sin base estratégica, o que si la tiene, es de forma velada la es-
trategia de la clase media, es decir, de la socialdemocracia. Algo
así es lo que está en discusión, aun de forma poco clara, en el
espacio del 2n Congrés d'Habitatge (Segundo Congreso de Vi-
vienda) que lleva en gestación todo este curso pasado.

Por eso creemos que la táctica y su validez se debe probar en
la práctica. Y esto vale para nosotros también, para recordarnos
que la mayor fuente de legitimidad de aquello que proponga-
mos es que se respalde en sindicatos funcionales, no en el aire
o el papel. Pero al mismo tiempo, nadie debe caer en la trampa
de los que insisten en discutir en las tácticas, pero no aún no
han respondido cuál es su estrategia. Porque a quien no le inte-
resa discutir sobre estrategia es o porque no la tiene, o porque la
suya es la dominante que se impone de manera implícita.”

SESIÓN 6. LA LUCHA POR LA CASA. EL FUTURO DE LA LUCHA POR LA VIVIENDA

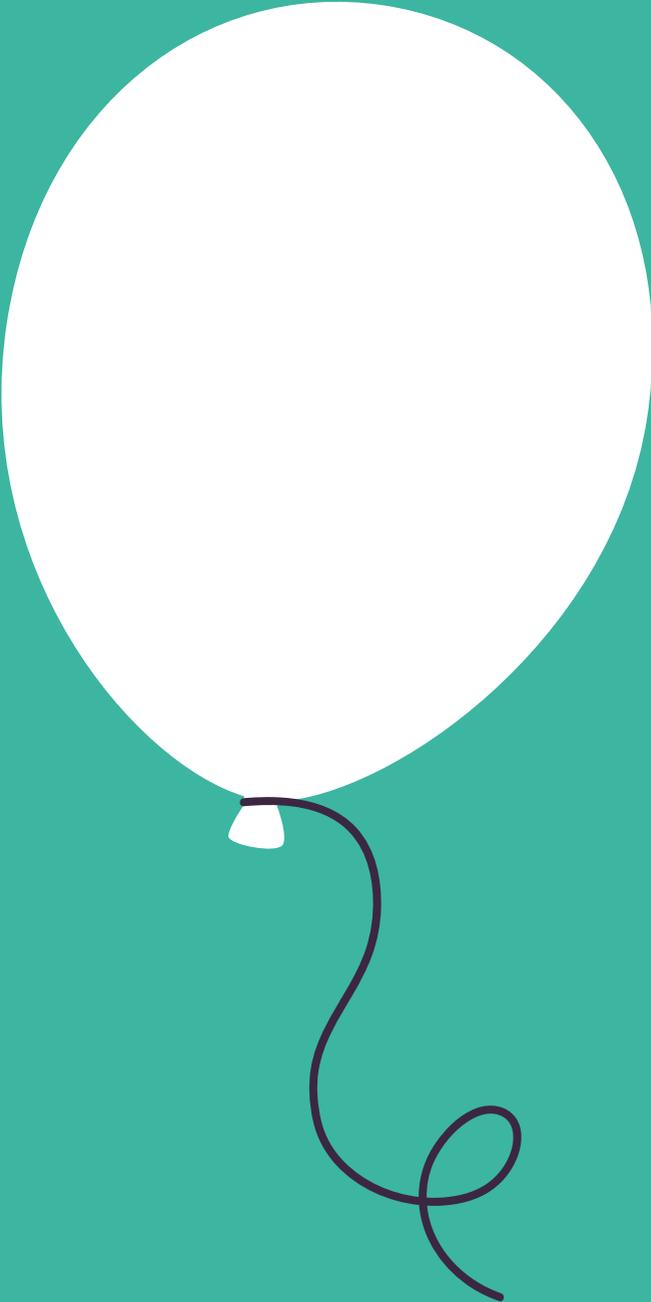
PAH Vallekas-Sindicato de vivienda

AUDIO



Desde PAH Vallekas se apuesta por el sindicalismo social como “forma de hacer política basada en la construcción de comunidades en lucha a través de conflictos concretos, acción directa y apoyo mutuo. Son entramados comunitarios que permiten luchar en sí mismos (como sustento material y afectivo) cuyo objetivo final es la abolición del capitalismo y que pueden funcionar en el presente y en la práctica como una sociedad pos-capitalista (al ensayar aquí y ahora relaciones no capitalistas).”

En esta sesión nos centraremos en el futuro de las luchas por la vivienda y las herramientas de lucha comunitaria para los sectores más proletarizados de la sociedad.



TEXTOS

CARTOGRAFÍAS DEL CONFLICTO INQUILINO

Hay que prepararse para la movilización de los sectores inquilinos, hacinados, okupas e hipotecados precarios, porque la campana de la verdadera crisis de vivienda no la tocarán solo los precios de la vivienda sino los problemas en el empleo y la efectividad de las políticas redistributivas europeas.

La cuestión de la vivienda se ha situado de nuevo en el foco político. El viejo consenso que daba por sentado que la compra de una vivienda garantizaba la reproducción de amplias mayorías sociales a partir de los 35 años, está en suspenso. Las formas de vida que anteriormente se reservaban para jóvenes y estudiantes, como era el vivir en pisos compartidos, se extiende a otros rangos de edad y a nuevos estratos de renta.

El centro del problema: la escalada de precios en un mercado del alquiler controlado masivamente por propietarios particulares que no responden más que al propio interés del beneficio. Junto a ellos, un nutrido grupo de grandes propietarios que aprietan por rentabilizar lo más rápido posible sus inversiones en este sector.

Las movilizaciones vividas en los últimos meses han apuntado hacia tres elementos principales del conflicto. Estos son los procesos de turistización de las ciudades —con la consecuente presión sobre los precios de la vivienda y la expulsión de población—, la escalada general de precios del alquiler vivida durante la última década y, por último, la crisis de reproducción de las clases medias, con jóvenes que no pueden reeditar las posiciones propietarias que alcanzaron sus mayores. Es aquí donde se ha abierto uno de los debates más interesantes sobre lo que sucede con el problema de la vivienda. Este se podría resumir en una sola pregunta ¿estamos ante un conflicto generacional o de clase?

Los perfiles del conflicto

En medio de una necesaria agitación política sobre la cuestión de la vivienda, cabe preguntarse qué conflictos se están viviendo en el ámbito del alquiler. Sobre todo en un contexto en el que los niveles de empleo, ahorro y renta disponible siguen aumentando para una buena parte de la sociedad, tal y como señala el Banco de España.

Sin duda, el mantenimiento e incluso el aumento de estos ingresos explica —al menos en parte y contra lo que se repite como un mantra— la capacidad de los rentistas de seguir elevando los precios en busca de mayores cotas de beneficio mediante el mecanismo de seleccionar a inquilinos de mayor poder adquisitivo. Una lógica que, junto a otros factores, ha roto cualquier estándar de asequibilidad de la vivienda en alquiler, obligando a las rentas más bajas a destinar cada vez mayor cantidad de ingresos para sufragarlo. Este es el núcleo central del conflicto que se ha despertado en los últimos tiempos.

El dato que ilustra esta situación lo ofrece el INE a través de su Encuesta de Condiciones de Vida de 2023: el 45,5% de los hogares que viven de alquiler consideran que los gastos de la casa son una carga pesada. En 2022, el 60,5% de los hogares en alquiler pagaron más del 30% de sus ingresos en concepto de renta y suministros y el 38,2% desembolsaron más del 30% solo por la renta mensual del alquiler, según el estudio de Desiderio Romero-Jordán *¿Cuál el esfuerzo por vivir de alquiler en España?*.

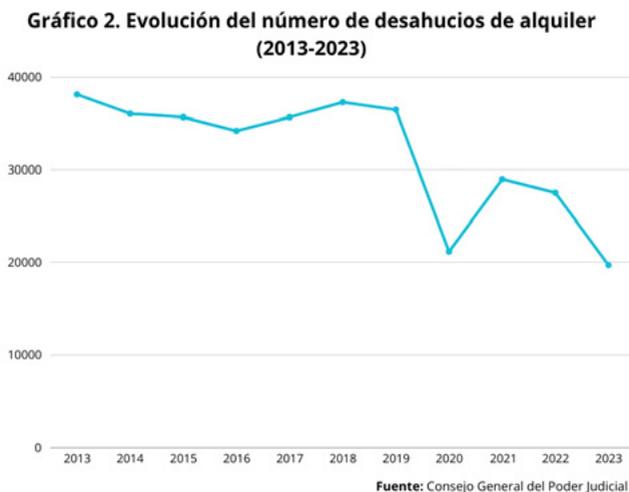
Gráfico nº1. Evolución del número de sentencias impago de alquiler (2018-2023)



Sin embargo, —y contra lo que pueda parecer— este sobreesfuerzo de casi un millón y medio de hogares no se ha traducido en un aumento de los procesos judiciales de impago, sino todo lo contrario. Como podemos ver en los datos del INE y el Consejo General del Poder Judicial (ver gráfico nº1), la pandemia abrió numerosos procesos judiciales de impago que se resolvieron después de la pandemia. El balance en este sentido fue que, en 2020, se emitieron más de 7.000 sentencias por impago —el año más bajo de toda la serie histórica— pero se acumularon más de

41.000 procedimientos judiciales de alquiler sin resolver. Esto se tradujo en que el número de procedimientos aumentase en 2021 y con ellos subiesen las sentencias de impago por encima de las 13.000. Sin embargo, desde ese momento, han ido bajando año tras año. El año 2023 acabó con 3.300 sentencias menos por impago de alquiler de vivienda y 2024 en sus tres primeros trimestres ya arrojaba un descenso de otras 300 sentencias.

Algo similar sucede con el número de desahucios provocados por problemas del alquiler (Gráfico nº2). La cifra es relevante. En 2023, hubo cerca de 20.000 desahucios menos de alquiler que hace una década, pasándose de los más de 34.000 desahucios anuales de media en los años centrales de la crisis de 2008 a situarse por debajo de los 20.000 desahucios anuales en los años posteriores.



Sin duda, los decretos contra algunos desahucios del escudo social —de grandes tenedores y en caso de familias vulnerables—, ayudan a explicar este fenómeno, pero no es suficiente para entender lo que sucede. Lo cierto es que el elemento determinante ha

sido la evolución de la propia economía española, que mantiene niveles de empleo relativamente altos. Como muestra dos datos. Si tomamos al 80% de la población con mayor renta, veremos que sus cifras de paro se situaron por debajo del 12% en 2023, mientras que el otro 20% de la población —el de menor renta— mantuvo tasas de paro propias de momentos de crisis superando el 16% de paro en el segundo decil de menor renta y el 24% el primero de ellos, según los datos del Instituto Nacional de Estadística.

Por sorprendentes que parezcan, estos datos nos obligan a mirar la denominada crisis de la vivienda y el conflicto del alquiler desde una óptica de mayor recorrido. No se pueden entender sin el largo proceso de estabilización abierto tras la crisis de 2008, ni sin las medidas de contención puestas en marcha durante la pandemia (2020—2022) y su posterior fase inflacionista (2021-2023).

Y ahora ¿qué hacer? Hacia la organización política del impago

Con estos datos en la mano es perfectamente plausible que se esté abriendo dentro de los sectores inquilinos un doble conflicto. El primero de ellos, el de la parte de la población que, por niveles de renta, podrá acceder a contratos de alquiler, cumplir con los criterios de asequibilidad impuestos por los caseros y satisfacer sus sistemas de aval. El segundo, un creciente sector que no solo no podrá hipotecarse sino que, precisamente por sus bajos niveles de renta, no cumplirá con los criterios de solvencia impuestos por los caseros.

Este segundo sector es el que está sometido al creciente formato del alquiler por habitaciones, forzado al hacinamiento y a vivir al límite

de la marginalidad residencial y la ocupación. Así lo demuestran los datos de hacinamiento en España que han pasado de representar el 4,7% en 2018 a llegar al 7,6% en 2023, una cifra que supera el 13% entre los jóvenes. Un total de 1,4 millones de hogares.

La realidad es que no sabemos que sucederá en el futuro. Parece claro que el conjunto de las propuestas legislativas caminan en el sentido de proteger a los propietarios y ofrecer una salida de compra de vivienda para los sectores inquilinos de mayor poder adquisitivo. Por otro lado, a los sectores inquilinos de menor renta se les prometen alquileres asequibles que —por el momento— no son más que compromisos incumplidos o pura propaganda.

Lo que parece evidente es que no existe un conflicto generacional desligado del conflicto de clase, tampoco de la cuestión de la extranjería y las fronteras. Ante un futuro incierto cabe prepararse para la movilización de todos estos sectores inquilinos, hacinados, okupas e hipotecados precarios porque la campana de la verdadera crisis de vivienda no la tocarán solo los precios de la vivienda sino fundamentalmente la crisis de empleo y la efectividad (o no) de las nuevas políticas redistributivas europeas.

De momento el problema reside en como imaginar un conflicto que aúne todas estas posiciones afectadas en distinto grado por el problema de la vivienda. Mientras unos huirán al mercado de la compra, algo que ya se vio por ejemplo en Euskadi y Madrid tras la pandemia cuando aumentó el número de hogares que vivían en propiedad, otros se verán inmersos en procesos de lucha por atenuar el precio de sus alquileres. Mientras, los últimos de la fila, incapaces de obtener un contrato de alquiler, hacinados o en condiciones de subarriendo se enfrentarán al aumento de desahucios y el impago.

En un horizonte donde los tres factores de crisis señalados: subidas de precios, caída y precarización del empleo y deterioro de las políticas redistributivas del Estado se abrirá un panorama similar al vivido en 2008 o en la crisis de los años 70 donde quedaron suspendidos los márgenes de maniobra para la gran mayoría de procesos sindicales. Sin posibilidades para un gran pacto de estado por la vivienda —demostrado en la incapacidad de construir viviendas, controlar los precios o dejar de jugar en favor de las posiciones propietarias—, buena parte de la población —como sucedió a los despedidos de la crisis industrial de los 70— se quedarán sin vías sindicales de negociación que no pasen por la expropiación de casas, de alimentos y de todos sus medios de vida. La negociación colectiva y la huelga dejará paso a un nuevo concepto la organización política del impago.

El eje central del problema, que quizás tarde en percibirse pero que será inevitable, es que toda la izquierda movimentista está sumida en una terrible falta de imaginación que, aunque sea momentáneamente, deje fuera de sus ecuaciones de lucha, el factor estatal en un sistema de demandas y reivindicaciones. Por eso, por pequeñas que sean, todas las experiencias que —por marginales que parezcan— juegan a experimentar con un escenario de quiebra estatal están anticipándose a lo que está por venir: un mundo donde no habrá redistribución sin expropiación, donde no existirá ninguna simbiosis entre el Estado y el Capital.

¿CÓMO ACABAR CON EL NEGOCIO DE LA VIVIENDA?

Las reivindicaciones del 5A, bajada de alquileres, paralización de desahucios, desmantelamiento de las empresas de desokupación, ayudarían a aliviar la crisis de vivienda. Pero para acabar con el problema de raíz, hace falta algo más.

Las movilizaciones en torno al problema de la vivienda continúan. Esta vez con una jornada de movilización estatal. El 5 de abril, habrá movilizaciones en las principales ciudades del Estado bajo el lema de “Acabemos con el negocio de la vivienda”. Y hay varias cosas que celebrar aquí, además del hecho de que el problema de la vivienda siga convirtiéndose en motivo de movilización y politización, y no en mero sufrimiento individual.

Primero, que la iniciativa sea esta vez de sindicatos de vivienda, y no de los partidos socialdemócratas o sus apéndices (encabezados por las grandes burocracias sindicales), que buscaban dirigir anteriores movilizaciones según sus intereses electorales (como en Madrid el 13-O y el 9F). Es decir: únicamente contra Ayuso, eximiendo al gobierno central que ellos mismos ocupan. Según estos agentes, en un ejercicio de malabarismo político, el problema de la vivienda radicaría únicamente en la negativa de Ayuso a aplicar una Ley de Vivienda presentada como la panacea (en realidad, es la propia Ley, vacía de contenido, la que lo permite, ya que delega en las CCAA la decisión de declarar o no zonas tensionadas). Esto ya se analizó críticamente aquí.

Aparecen también así otros modos de estar en las cosas y con los otros, de los que aquí se exploran básicamente dos: la atención y el trato. Por un lado, ¿cómo atender a lo que nos rodea? ¿A qué prestar atención? ¿Qué nos requiere? La atención no es unidireccional ni dispone de códigos previos: nos es requerida y debe ser prestada a un mismo tiempo. Abre, así, un campo de relaciones que, porque está y no está en poder de uno, nos sitúa en el terreno concreto de nuestra interdependencia. Demasiadas reflexiones filosóficas y políticas terminan con la pregunta ¿qué hacer?, tras la cual pocas veces surgen respuestas interesantes. Bajo el dictado de la acción, entendida como aplicación, propuesta o programa, el pensamiento, en el mejor de los casos, enmudece y, en el peor, se refugia en su condición meramente teórica. Pero hay una salida a esta falsa alternativa: preguntarnos cómo tratar con las cosas, cómo tratar al mundo y a nosotros mismos. El trato no es un programa de acción sino un modo de relación a la vez activa y receptiva, que contempla precisamente la necesidad de atender a la potencia, nunca del todo previsible, de cada situación.

El recorrido del libro se inicia con la pregunta por el nosotros y termina con la declaración de una voz en singular: esta vida es mía. No es una contradicción. Liberarse del yo es la condición para conquistar la propia vida. Sería demasiado simple, sin embargo, proponer por enésima vez un viaje del yo al nosotros, de lo particular a lo universal, de la parte al todo. Lo que se explora en este libro es la transformación de un yo que está aprendiendo el anonimato. Un yo que aprende el anonimato no es un yo que se borra, se mimetiza o se confunde. No es un yo pasivo, condenado a la indiferencia y a la insignificancia. Es el yo que descubre la excentricidad inapropiable, y en este sentido anónima, de la

vida compartida. Su voz es entonces plenamente suya porque ya no puede ser solamente suya. Su voz es máximamente singular e irreductible porque ya no es privada ni particular.

«Ser uno es no tener nada», escribió en un verso Juan Gelman. La lógica que nos ata, como individuos, a la ley de la identidad y de la propiedad ha sido sabotada.

Por otro lado, no hay que olvidar que la situación no es muy diferente en aquellas comunidades con “gobiernos progresistas”. El caso paradigmático es Cataluña, que se sitúa a la cabeza en desahucios por habitante y compite con Madrid por el primer puesto en alquileres impagables pese a ser la clara líder en declaración de zonas tensionadas.

Segundo, es también un acierto que se den bajo un lema contundente y claro, planteando la necesidad de acabar con el negocio inmobiliario. Señalar al negocio inmobiliario y que la vivienda sea una mercancía permite identificar la raíz del problema y a sus responsables: quienes se lucran con ese negocio y los políticos que lo defienden. Cabría entonces preguntarse: ¿Qué es eso del negocio inmobiliario? ¿Qué significa acabar con él? ¿Cómo se hace eso? Este artículo trata de contrastar distintas respuestas que suelen darse a cada una de ellas.

¿A qué llamamos “negocio inmobiliario”?

Puede parecer una pregunta muy tonta. Pero merece la pena detenernos en ella. Empecemos por aclarar lo que no es. El negocio inmobiliario no son los grandes fondos buitre extranjeros, no es la gran banca. No es alquileres por las nubes. Esto son, claro, parte del negocio de la vivienda o consecuencias de este. Son, de hecho, agentes y fenómenos importantes. Pero no son el todo.

El negocio de la vivienda es mucho más amplio, en él participan fondos buitres y bancos, pero también promotoras y constructoras, inmobiliarias e intermediarios de distinto tipo y tamaño, empresas de alarmas y de matones fascistas de la “desokupación”, instituciones y empresas públicas, un sin fin de grandes, medianos y pequeños rentistas... y así podríamos seguir un buen rato. Precios de alquiler y compra por las nubes, sí, pero también desahucios legales e ilegales, hacinamiento e infravivienda, cortes de suministros, filtros racistas y clasistas en el acceso, etc. Y ese negocio deriva de que la vivienda se produce como se producen y gestionan los recursos en el sistema capitalista: como mercancías, como algo por lo que hay que pagar para que sea rentable.

Remarcar la diversidad de agentes y la naturaleza estructural del problema podría resultar superfluo si no fuese por la extensión de un relato interesado que, ante la dificultad de identificar un único enemigo claro, decide simplemente inventarse el diagnóstico: el mercado de la vivienda estaría copado por una élite de grandes fondos buitres (extranjeros para más inri), grandes bancos y enormes rentistas cuya especulación, usura y avaricia sería la causa del problema de la vivienda. Se trataría de un exceso, una desviación. De paso, el problema se tiende a reducir a aquellas expresiones que afectan también a las clases medias (dificultades para independizarse, por ejemplo), excluyendo o dejando en un segundo plano las que se ceban más bien con sectores más precarios de la clase trabajadora (el hacinamiento, el acoso y las coacciones de las empresas de desokupación, etc).

Este relato reúne dos elementos que convienen mucho a los partidos reformistas, que por tanto no dudan en propagarlo. Les permite señalar un enemigo externo al que ellos dicen poder poner coto a través de su actividad gubernamental (cosa

que, por otra parte, no ha ocurrido de momento en un grado mínimamente significativo, pese a que están en el gobierno desde hace dos legislaturas). De esta forma, pueden ganarse a distintos sectores de la clase trabajadora y las clases medias afectados. Pero les permite también hacerlo sin problematizar el rol de estas clases medias, que constituyen gran parte de su base electoral, cuyos intereses aspiran a representar, y que participen también del negocio inmobiliario. Por poner un ejemplo, en Madrid el 85% del mercado del alquiler está en manos de propietarios particulares, de los cuales el 90% puede ser clasificado por sus niveles de renta entre las clases medias.

El problema de estos relatos no es solo que sean falsos, sino las conclusiones políticas a las que conducen. Si el problema de la vivienda es generado por una reducida élite oligárquica, bastará con eliminarla o poner coto a su actividad especulativa y su avaricia para resolver el problema. Si se reduce a los alquileres elevados, bastará con dar ayudas económicas (que terminan en manos de los rentistas), o con unas tímidas regulaciones para que los inquilinos puedan pagar. Si el problema es la avaricia de los rentistas que ponen precios “desproporcionados”, no se cuestionará la explotación, la imposición de sueldos de miseria ni la precarización de las condiciones de trabajo, eximiendo a los empresarios en general, pequeños y grandes, de su responsabilidad directa en la división de la sociedad en clases y la desposesión estructural de la clase trabajadora.

Si el problema son grandes fondos buitre extranjeros, habrá que ponerles trabas a estos que no apliquen para los pequeños o “buenos” rentistas, o incluso darles ayudas o exenciones fiscales porque, pobrecitos, no van a tener que soportar ellos el peso de una crisis generada por otros, no son una ONG. A las ONG

y empresas “sociales”, por otro lado, también habrá que darles subvenciones por gestionar recursos de miseria como albergues temporales, ya que conviene ocultar esa miseria, y no hay mejor forma de hacerlo que convirtiendo también su gestión en un negocio rentable.

Si el problema es de escasez (aunque según el INE haya 3,8 millones de viviendas vacías en todo el Estado) bastará estimular la construcción de la única forma posible en el marco capitalista actual: facilitando y alimentando el negocio de la vivienda con una (des)regulación favorable y con subvenciones millonarias en forma de suelo y dinero públicos a constructoras, promotoras e inmobiliarias. Bajo los eufemismos de “colaboración público-privada” y “vivienda asequible”, en este tipo de medida convergen las políticas de vivienda del PP a Sumar pasando por el PSOE.

Y sobre el resto, sobre el hacinamiento al que se aboca a los sectores más precarios (como la clase trabajadora migrante), sobre los desahucios por parte de pequeños y medianos rentistas o la propia vivienda pública, sobre la discriminación clasista y racista en el acceso la vivienda pública o al mercado del alquiler, o sobre la violencia y los desahucios ilegales de los grupos de desokupación fascistas, bastará con guardar silencio.

Confundir así la parte por el todo (o inventarnos el relato) conduce a que el rechazo que generan las expresiones más extremas del problema no sirvan para señalar e impugnar la lógica general, la raíz que los genera, sino para legitimarlas. La vivienda como mercancía, la propiedad privada, la división de la sociedad en clases se dan por buenas, por supuestas, o por inevitables, reforzando la idea de que estas manifestaciones extremas son excesos o desviaciones corregibles a través de parches desde el Estado.

Y no solo se legitima la vivienda como mercancía, sino el proceso de empobrecimiento de las clases trabajadoras y parte de las clases medias: el reverso de que el centro lo ocupen los problemas relacionados con el alquiler es la normalización de que muchos sectores no podrán aspirar siquiera a la vivienda en propiedad, una modalidad de acceso que ni ha sido nunca universal ni está exenta de problemas (como el endeudamiento o las oleadas de desahucios por ejecuciones hipotecarias), pero que daba mayor estabilidad a sectores hoy abocados salarios cada vez más bajos, inflación, alquileres inestables y viviendas de peor calidad. Diciendo esto no se está proponiendo volver a una supuestamente idílica sociedad de propietarios o de clases medias, sino que se señala que incluso quienes solo se proponen poner parches y sostener la posición de las clases medias, en realidad aceptan acríticamente su proceso de empobrecimiento y pretenden únicamente edulcorarlo.

Es con este tipo de relatos que los partidos políticos capitalistas, de izquierdas y de derechas, utilizan la crisis de vivienda para seguir alimentando el negocio de la vivienda que la genera. Para seguir haciendo de la vivienda una mercancía rentable para sus mismos responsables. Aunque discrepen sobre su precio o gestión, ninguna fuerza política de las hoy existentes da aquí la nota discordante. Oculto entre una diversidad, un conflicto y un antagonismo que son solo aparentes, ese es el gran consenso político: que la vivienda siga siendo un negocio.

¿Qué significa acabar con el negocio de la vivienda?

Sigamos con otra obviedad: acabar con el negocio de la vivienda no es lo mismo que regular ese negocio. No es estipular qué

precio debe tener la vivienda ni con qué número de viviendas se puede hacer negocio, o distinguir entre quién puede y quien no hacer negocio con la vivienda, no es pautar como ese negocio va a seguir existiendo. Hagamos un paralelismo: acabar con la esclavitud no consiste en regular cuantos esclavos puede tener cada esclavista o cuantos latigazos puede darles, ni en que solamente el Estado o empresas que trabajen para él puedan utilizar esclavos. Significa que nadie más sea esclavo, y que nadie pueda tener esclavos. Acabar con el negocio de la vivienda significa que nadie más tenga que pagar para acceder y disfrutar de una vivienda en condiciones dignas, que se deja de hacer negocio con la ella, de obtener beneficio económico de poseer o gestionar viviendas vivienda o los medios para construirlas. Acabar con el negocio de la vivienda significa, por tanto, instaurar un sistema de vivienda de acceso universal, gratuito y de calidad.

Respecto a esto, dos apuntes. Primero: la posibilidad de un sistema de vivienda de estas características no es un sueño utópico. Existen ya hoy las capacidades para garantizarlo. Existen ya los recursos materiales, conocimientos, tecnologías que lo hacen posible. El desarrollo histórico y los últimos siglos de desarrollo capitalista han desplegado una capacidad productiva nunca antes vista en la historia: a diferencia de épocas pasadas donde sí se daba una escasez material, hoy ese no es el problema. Pongamos solo un ejemplo: los 3,8 millones de viviendas vacías en todo el Estado. Ciudades como Madrid y Barcelona tienen vacías en torno al 10% del total de viviendas, lo que supone cientos de miles de viviendas vacías allí donde el problema se presenta de forma más aguda. Lo único que impide poner esas capacidades y recursos al servicio de las necesidades sociales, son las relaciones capitalistas que todo lo convierten en

un negocio a costa de la destrucción ambiental, la explotación y desposesión de la clase trabajadora, y el Estado que las blindada. Segundo: esto, pese a ser ya hoy materialmente posible, es fácil tacharlo de maximalista. Es tan evidente que no es realizable en el marco del sistema capitalista, como que este sistema no se va a derrumbar mañana. “¡No podemos esperar a acabar con el capitalismo para solucionar este drama!”, se nos podría decir. En realidad, los comunistas tampoco queremos esperar. Pero claro, eso al capitalismo le importa poco. Analizar de forma realista y rigurosa cual es la raíz del problema de la vivienda y concluir que su solución requiere de un cambio estructural que, efectivamente, es todavía lejano, no implica caer en un derrotismo nihilista, ni un rechazo a la lucha por reformas o mejoras parciales realizables en un futuro más cercano, que puedan aliviar un poco la situación. Implica, solamente, que si queremos resolver el drama de la vivienda de raíz, debemos pensar en los medios necesarios para ello, en cuál es la estrategia y las herramientas adecuadas para avanzar en esa dirección, sin renunciar al objetivo final por más que sea todavía un horizonte lejano.

¿Cómo acabamos con el negocio de la vivienda?

Empecemos de nuevo con como no se puede acabar con el negocio de la vivienda. Podemos pensar que aunque determinada reforma concreta (como la paralización de los desahucios o la regulación de los alquileres, por decir alguna) no acabe con él ni solucione el problema de raíz, esto si puede hacerse con una acumulación progresiva de reformas. A continuación, voy a tratar de argumentar que esto es imposible. Para prevenir la acusación de maximalismo o radicalismo vacío, explico desde

ya que esto no significa que la lucha por reformas estén necesariamente reñidas con ese objetivo final, sino que de hecho, si se dan ciertas ciertas condiciones en las que luego entraremos, pueden ser una herramienta más para avanzar hacia él, y una fundamental. Pero abordemos la cuestión de una forma más general antes de entrar en esos matices.

De poco nos sirven los ejemplos que nos dan las reformas que hay actualmente sobre la mesa, pues son más propaganda electoral que verdaderas reformas con efectos tangibles. Esto es lo que vemos cuando los partidos progresistas y su ecosistema mediático presumen de que las regulaciones del precio del alquiler han hecho bajar en Cataluña el precio del alquiler un 5,9%, pero obvian que esa estadística deja fuera el 65% de la oferta en Barcelona sobre la que la Ley no establece limitación alguna (los alquileres temporales o por habitaciones).

Pensemos en reformas más ambiciosas. Podemos tomar de ejemplo las reivindicaciones de la movilización del 5A: bajada de alquileres, paralización de desahucios, desmantelamiento de las empresas de desokupación... Sin duda, mejorarían sustancialmente las condiciones de vida de la clase trabajadora y las condiciones para seguir luchando. ¿Cuál es el problema?

En primer lugar, que estas reformas no las conseguirá el reformismo con su papel de gobernante de los estados capitalistas. Realmente, el reformismo por sí mismo nunca ha conseguido nada significativo: cuando aparentemente lo ha hecho, como en la Europa post II Guerra Mundial con la construcción de los Estados del Bienestar, esas reformas eran en realidad concesiones que se hacían por la existencia de un movimiento obrero fuerte que constituía un peligro revolucionario y disponía de

un contramodelo en el bloque socialista (por muchas críticas o límites que le queramos y debamos señalar a estas experiencias). Sin esa amenaza, y más en una situación de crisis que no permite grandes despilfarros, las clases dominantes no tienen por qué plantearse concesiones significativas y el reformismo fracasa una y otra vez. No parece, por tanto, que ese tipo de reivindicaciones que aparentemente podrían aplicarse de inmediato, vayan a hacerlo realmente. Incluso para conseguir este tipo de reformas, necesitamos un movimiento revolucionario que amenace su orden político y económico, y no solo cambiar al partido en el gobierno o la presión desde luchas sectoriales por esas mejoras inmediatas.

Por otro lado, porque aun en caso de alcanzarse, mientras los recursos para satisfacer nuestras necesidades (como las propias viviendas) estén en manos de empresarios y rentistas, y mientras estos cuenten con el respaldo del Estado para la defensa de su propiedad privada e intereses, estos recursos seguirán secuestrados. Seguirán siendo utilizados en función de intereses privados (y no para la satisfacción de necesidades sociales) y el problema se expresará de una forma u otra.

Estamos acostumbrados a ver a rentistas y tertulianos escandalizarse en platós de televisión y amenazar con retirar las viviendas del mercado si se toman medidas que limiten su negocio. Evidentemente no lo hacen: saben que esas medidas sobre las que ponen el grito en el cielo no hacen ni cosquillas a sus intereses económicos, y su intención es únicamente la guerra cultural contra toda medida que cuestione la sagrada libertad del mercado. Pero la cuestión es que podrían hacerlo. Podrían incluso utilizarlo a la manera de los cierres patronales, para agravar la crisis como medida de presión en defensa de sus

intereses. También podrían desplazar ese negocio, como ya se ve con el alquiler de temporada y por habitaciones, podrían dejar de alquilarlas y venderlas, podría también generarse un mercado negro. A esto, los defensores de la vía reformista, propondrían responder con una escalada de regulaciones y sanciones que limitasen cada vez más su capacidad de maniobra. Lanzarán incluso su órdago: la expropiación. Y a su vez, los sectores más radicales o movimentistas propondrán que esa expropiación ponga las viviendas bajo control de sindicatos o cooperativas de vivienda. En estas últimas se aprecia cierta lucidez que apunta a la necesidad de arrebatarse a las clases propietarias el control de los recursos para ponerlos al servicio de las necesidades sociales. Pero aun así, es un arma de doble filo.

Quienes defienden esta postura de que una acumulación progresiva de reformas, vengan estas del propio Estado o de la lucha sindical, pueden terminar provocando cambios estructurales como sería el acabar con el negocio de la vivienda, parten de una concepción equivocada del Estado como un aparato neutral que puede tomarse y usarse para esos fines. Pero el Estado actual es un Estado de clase, un Estado capitalista. Esto no significa que sea un ente absolutamente monolítico, o el administrador privado de un puñado reducido de burgueses y rentistas, sino que puede integrar reivindicaciones de otras clases y sectores como más convenga a la estabilidad del régimen, siempre que estas tengan cabida dentro de un “pacto social burgués” que mantenga en pie lo fundamental: la propiedad privada y el poder en manos de los capitalistas. Si no tenemos en cuenta esto, las reivindicaciones aparentemente más ambiciosas como la expropiación de viviendas y su gestión por los sindicatos de vivienda, se convierten en una propuesta de integración de estos sindi-

catos en el Estado capitalista, como ocurre ya con las grandes burocracias sindicales como CCOO y UGT.

Si queremos acabar con el negocio de la vivienda, no se trata solo de proponer reivindicaciones o luchar por mejoras concretas, cosa que se puede hacer desde las luchas sectoriales, sino de proponer un modelo de sociedad y una forma de autogobierno en que también las reivindicaciones más ambiciosas puedan realizarse, en la que sea posible que la vivienda deje de ser un negocio y garantizar un bienestar universal. Ese modelo de sociedad de bienestar y derechos universales, sin clases ni opresiones y en donde los recursos materiales, como las viviendas, se pongan al servicio de las necesidades sociales de forma democrática es a lo que llamamos socialismo.

Pero la forma de gobierno para llegar a él no puede ser el Estado capitalista, que está estructuralmente atado a la defensa de la propiedad privada y la acumulación capitalista. El Estado no es capitalista solo porque lo gobiernen capitalistas, sino que depende de que la economía vaya bien (es decir, que al capital le vaya bien) para financiarse a través de impuestos y poder hacer gasto social o mantener su propia estructura administrativa y represiva (o pagar los intereses de los préstamos adquiridos en los mercados financieros). La acumulación de capital es el suelo que pisa y del que se alimenta. Aunque el Estado pudiese en términos ideales desmercantilizar parcialmente la vivienda a través de un amplio parque de vivienda pública, sostener ese sistema dependerá de que al capitalismo le vaya bien para que no sea desmantelado con la próxima crisis y poder financiarlo, cosa que haría a través de la explotación de la clase trabajadora aquí o en la periferia global.

Además, los Estados liberales tienen como uno de sus pilares la propiedad privada como derecho sobre el que se sostienen todos los demás, manteniendo la esfera económica separada de la política, y también la separación de poderes blindada ese derecho al control democrático. Es decir, ni en el más “democrático” de los Estados capitalistas se decide democráticamente qué se va a producir y cómo se va a distribuir. Se asume que no es competencia del Estado sino del mercado y de los propietarios decidir qué hacer con su propiedad privada. Esto incluye, claro, la vivienda.

Partiendo de esta caracterización del Estado y de la vieja consigna según la cual “la emancipación de la clase trabajadora será obra de la clase trabajadora misma”, ¿cuál es entonces la alternativa al dominio político y económico de los capitalistas? La conquista del poder político por parte de la propia clase trabajadora organizada, entendiendo como tal la destrucción del aparato del Estado capitalista (la disolución de su policía, su ejército, su judicatura, su burocracia, etc) y la instauración de una nueva forma de gobierno en que la mayoría explotada tenga democracia plena y pueda imponer sus intereses a la minoría explotadora.

A esa nueva forma de gobierno es a lo que llamamos Estado Socialista. Esta forma de gobierno no elimina mágicamente las clases y opresiones, sino que da a la clase trabajadora el poder político de forma que pueda aplicar un programa de transición al socialismo. Permite expropiar y socializar la riqueza, decidir en común y democráticamente qué se produce y cómo se distribuye, decidir racionalmente a qué necesidades sociales se atiende con los recursos disponibles.

Solo a través de esta conquista del poder político es posible implantar un sistema de vivienda de acceso gratuito y universal.

Solo al destruir el Estado y construir un Estado Socialista, se acaba con esa separación entre política y economía que mantiene la propiedad privada en un pedestal fuera del control democrático por parte de la sociedad, y es posible implantar las medidas que permitan avanzar en esa dirección: la policía que hoy defiende la propiedad privada y ejecuta los desahucios quedaría disuelta y estos se podrían prohibir de manera efectiva, se podría legalizar totalmente la ocupación de viviendas vacías, se podría expropiar y socializar vivienda de grandes propietarios o destinada a usos antisociales, así como los recursos para su mantenimiento, se podría eliminar todo filtro discriminatorio en el acceso a esas viviendas socializadas, etc.

Esta conclusión no cambia mucho si pensamos que esa acumulación de reformas o pequeñas victorias no vendría de la mano del estado y los partidos reformistas, sino que podría obtenerse a través de la autoorganización, la lucha sindical o la acción directa, o de una combinación de estas dos vías. No hay táctica sindical o herramienta de acción directa que pueda rebajar poco a poco el precio de la vivienda hasta reducirlo a cero o que pueda ir okupando una casa tras otra hasta liberarlas todas de las garras del mercado, ni una combinación de ambas que disuada a los propietarios de hacer negocio con la vivienda. Pensar que esto es posible olvida la existencia del Estado, pues su función es la defensa de la propiedad privada y no va a quedarse de brazos cruzados observando: usará su monopolio de la violencia para reprimir estos movimientos con la dureza que sea necesaria mucho antes de que se acerquen siquiera a este objetivo. Quien no asuma conscientemente la necesidad de la lucha política revolucionaria para la destrucción del Estado, y se dote de las herramientas necesarias para ello, está condenado

bien a la irrelevancia, bien a la represión que lo desarticule o impida avanzar, o bien al reconocimiento mutuo que legitima al Estado y limita la amplitud de las conquistas a lo asumible por este. Este problema estratégico no se resuelve con innovaciones tácticas o herramientas sindicales.

Construir las herramientas

Decir lo anterior tampoco significa que esa vía para pelear por mejoras inmediatas, la de la organización y la lucha contra empresarios y rentistas, no sea superior a la del lobby de presión institucional, el partido reformista enquistado en el Estado o los intentos de conciliar intereses de clase. Para los comunistas siempre es motivo de celebración que una mejora provenga de la organización y el conflicto. Estas pueden servir como escuela de lucha, incluso aportar mucho a esa lucha política revolucionaria que sí permita apuntar a la superación del orden político y económico capitalista y superar el problema de raíz. Los comunistas nunca rechazado por principio la lucha por reformas o la lucha económica y sindical. Al contrario, estas pueden ser una buena forma de unificar a la clase trabajadora, enfrentarla a la burguesía y los rentistas, y tomar conciencia de la necesidad de un cambio estructural. Pero para que la lucha por reformas cumpla estas funciones y sirva así a los objetivos finales, en lugar de ser un reparto de migajas a cambio de sumisión o un medio para integrar y desactivar esas luchas, se tienen que dar una serie de condiciones:

Decir lo anterior tampoco significa que esa vía para pelear por mejoras inmediatas, la de la organización y la lucha contra empresarios y rentistas, no sea superior a la del lobby de presión institucional, el partido reformista enquistado en el Estado o los intentos

de conciliar intereses de clase. Para los comunistas siempre es motivo de celebración que una mejora provenga de la organización y el conflicto. Estas pueden servir como escuela de lucha, incluso aportar mucho a esa lucha política revolucionaria que sí permita apuntar a la superación del orden político y económico capitalista y superar el problema de raíz. Los comunistas nunca rechazado por principio la lucha por reformas o la lucha económica y sindical. Al contrario, estas pueden ser una buena forma de unificar a la clase trabajadora, enfrentarla a la burguesía y los rentistas, y tomar conciencia de la necesidad de un cambio estructural. Pero para que la lucha por reformas cumpla estas funciones y sirva así a los objetivos finales, en lugar de ser un reparto de migajas a cambio de sumisión o un medio para integrar y desactivar esas luchas, se tienen que dar una serie de condiciones:

Primero, deben señalar contradicciones capitalistas, vinculando cada problema concreto con su raíz estructural, y la insuficiencia de las propias reformas. Debe generarse la conciencia de que es imposible conseguir soluciones definitivas dentro del capitalismo, a la par que señalar la utilidad de la organización y la lucha para obtener mejoras. Esto no implica que no puedan celebrarse pequeñas victorias, pero la celebración autocomplaciente y su exageración alimentará la ilusión de que es posible solucionar el problema de la vivienda a través de parches. Cada reforma, aunque se celebre, de ser señalada como algo limitado, parcial y temporal.

En segundo lugar, deben combatir cualquier forma de división o discriminación y guiarse por criterios de universalidad y gratuidad. Porque, además de ser coherentes con nuestro objetivo (acabar con toda forma de opresión), el poder de la clase trabajadora reside en su asociación, mientras que el del capital,

reside en mantener la competencia y la división entre nosotras. No podemos luchar por mejoras para unos a cambio de empeorar las condiciones para otros, ya que eso contribuye a esa división. Las luchas concretas tienen que contribuir a combatir las opresiones que dividen a la clase y a eliminar las divisiones entre sectores o estratos, como puede ser las divisiones entre hipotecados, inquilinos y okupas, o entre nativos y migrantes.

En tercer lugar, la lucha por reformas y las reformas obtenidas deben mejorar las condiciones para la organización. Si no hay soluciones reales dentro del capitalismo y necesitamos extender la organización para acabar con él, no podemos aceptar “mejoras” a cambio de empeorar las condiciones para organizarnos, a cambio de desarmarnos. Esto es algo muy amplio, que incluye reforzar las propias organizaciones de lucha como los sindicatos. Pero también que debe ponerse siempre encima de la mesa la lucha por los derechos políticos, por espacios en los que organizarnos o contra la represión, no centrándonos únicamente en reivindicaciones económicas.

En cuarto lugar, las reformas deben ser a costa de la ganancia de empresarios y rentistas. De nada nos sirve que se redistribuya miseria entre pobres, o se endeude más el Estado y lo terminemos pagando con recortes más adelante, las mejoras reales solo pueden provenir de asaltar la ganancia capitalista. No sirve a nuestros objetivos, por poner un ejemplo muy obvio, que se den “ayudas al alquiler”, ya que es dinero que igualmente se nos cobra a través de impuestos y termina en el bolsillo de los rentistas. Si planteamos algún tipo de reforma en el que paguemos menos alquiler, no pueden quitárnoslo por otro lado: tienen que ser los rentistas los que pasen a ganar menos, sin contrapartidas. Por el mismo motivo, no nos vale con el

desenlace vivido en Casa Orsola, comprada por el Ayuntamiento de Barcelona garantizando el beneficio para el propietario. Hoy nuestras luchas no hacen ni cosquillas a la ganancia a nivel global, pero aun así remarcar esto contribuye a unificar a la clase trabajadora y enfrentarla a burgueses y rentistas, ya que permite explicitar que son ellos quienes tienen que vivir peor para que se pueda garantizar un bienestar mayor para el resto.

Muchas de las reivindicaciones y consignas que este 5 de abril se ponen sobre la mesa cumplen, de hecho, con estos criterios. Pero hay otra condición, otra tarea inmediata y urgente, que movilizaciones y movimientos de este tipo no pueden abordar por sí solas. Hemos insistido ya en que la única vía para la implantación de un sistema de vivienda gratuito, universal y de calidad es la conquista del poder político. Hace falta dar también una lucha política revolucionaria, consciente de la necesidad de la superación del capitalismo y de la conquista del poder político para ello.

Esta lucha no puede librarse directamente desde las propias luchas económicas o sectoriales, como la lucha por la vivienda. Estas siempre serán diversas, agruparán a toda persona que quiera luchar contra los rentistas por sus intereses inmediatos. Y esto es positivo, ya que permite una primera experiencia de organización y lucha a quien no tiene por qué ser consciente todavía de la raíz estructural del problema de la vivienda. Pero implica también que no todos serán revolucionarios. De hecho, el sentido común hegemónico es el reformista, por lo que los revolucionarios serán una minoría. Así, los objetivos finales, la propuesta de un modelo de sociedad alternativo al capitalismo, no puede surgir directamente de estos sindicatos. Esto no es una crítica a la actividad o voluntad de sus militantes individuales, sino una limitación objetiva de las luchas económicas, de los sindicatos.

¿Quién puede entonces poner encima de la mesa esos objetivos finales? La organización política revolucionaria. Una alternativa política revolucionaria, un partido propio de la clase trabajadora y que represente sus intereses, de un partido revolucionario opuesto a todos los partidos capitalistas. Y que sea parte de todas las luchas de la clase trabajadora en defensa de sus intereses, fortaleciéndolas al tiempo que señala la raíz de las miserias que combaten y los medios para acabar con ellas, cambiando ese sentido común reformista hoy hegemónico por uno revolucionario. Esta es la herramienta fundamental capaz de dar cuerpo y servir de altavoz a esa lucha política revolucionaria, de plantear un modelo de sociedad alternativo al capitalismo, en donde también las reivindicaciones más ambiciosas sean realizables.

Algo así, todavía no existe hoy. Y sin ello, por más que las luchas económicas o sectoriales adopten los criterios antes mencionados en su lucha por reformas y por más que adopten un discurso radical, seguirán siendo los partidos reformistas los que podrán seguir capitalizando estas luchas. Seguirán integrando nuestras reivindicaciones en su programa de reforma a través del Estado que fracasará una y otra vez en dar soluciones reales, desmovilizando por el camino.

PODER INQUILINO: CONSTRUYENDO LA LUCHA DESDE ABAJO

Es necesario ir más allá de la protesta y las movilizaciones masivas puntuales y emprender un proceso sostenido de politización y construcción de poder popular.

Si hay una lección que hemos aprendido en el ciclo de luchas que nos precede es que la movilización no basta; necesitamos organización. Es necesario ir más allá de la protesta y las movilizaciones masivas puntuales y emprender un proceso sostenido de politización y construcción de poder popular. En este sentido, el sindicalismo de base nos ha enseñado que, sin reivindicaciones amplias y profundamente sentidas, no construiremos el poder necesario para cambiar las relaciones de poder existentes.

Por ello, la apuesta por el anti-rentismo como nuevo eje de lucha de clases está cobrando fuerza. El problema del alquiler contiene los elementos clave para generar victorias: afecta a un gran porcentaje de la población (un 25% en Madrid y un 44% en Barcelona), despierta un profundo descontento (como estamos viendo en las varias convocatorias de concentración por todo el Estado) y ha permitido conquistas colectivas en el pasado, como las que ha logrado el Sindicato de Inquilinas en los últimos siete años.

Reducir los alquileres un 50% mediante una huelga de alquileres no es una fantasía ni una reivindicación que solo mejoraría la vida de unos pocos, sino un paso concreto hacia la emancipación de las clases populares. Según datos recientes del Banco

de España, el 45% de la población que ha residido en alquiler a precio de mercado ha estado en riesgo de pobreza o exclusión social. Esto nos indica que una reducción significativa de los alquileres no solo es necesaria, sino que podría transformar la vida de millones de personas. No se trata simplemente de una demanda económica, sino de una que cuestiona el sistema rentista en su conjunto, articulando un malestar generalizado y dotándolo de una herramienta de lucha colectiva y organizada clara: la huelga de alquileres. Esta demanda rompe con el marco institucional actual, desplazando el debate de la Ley de Vivienda hacia la cuestión de cómo organizar una huelga de alquiler en un país que ignora el derecho a la vivienda.

Reducir los alquileres un 50% mediante una huelga de alquileres no es una fantasía ni una reivindicación que solo mejoraría la vida de unos pocos, sino un paso concreto hacia la emancipación de las clases populares. Según datos recientes del Banco de España, el 45% de la población que ha residido en alquiler a precio de mercado ha estado en riesgo de pobreza o exclusión social. Esto nos indica que una reducción significativa de los alquileres no solo es necesaria, sino que podría transformar la vida de millones de personas. No se trata simplemente de una demanda económica, sino de una que cuestiona el sistema rentista en su conjunto, articulando un malestar generalizado y dotándolo de una herramienta de lucha colectiva y organizada clara: la huelga de alquileres. Esta demanda rompe con el marco institucional actual, desplazando el debate de la Ley de Vivienda hacia la cuestión de cómo organizar una huelga de alquiler en un país que ignora el derecho a la vivienda.

Además, esta lucha no solo responde a un malestar inmediato, sino que es una herramienta de organización y formación de

clase que trasciende el ámbito de la vivienda. La explotación rentista se está desenmascarando a plena luz en los medios, lo que genera un debate que revela la creciente brecha social en nuestras ciudades. En este contexto, el Sindicato de Inquilinas ha desempeñado un papel clave, politizando la percepción generalizada de que “pagar alquiler es tirar el dinero” y transformando esa frustración en una rabia capaz de movilizar masivamente. Hoy es sentido común que los caseros nos roban el sueldo.

Pero hay que tener una cosa clara: para que nuestra lucha tenga éxito, debemos salir de los guetos políticos y sumar a más gente. No podemos limitarnos a organizar a quienes peor están, sino que debemos articular un discurso capaz de conectar con una mayoría social, sin dejar de ser emancipador y anticapitalista. Tenemos que incluir a todos aquellos que no tienen el control sobre su vivienda. Limitarnos a organizar a aquellas personas que acuden a nuestras asambleas por tener un problema urgente de vivienda -que además representan una proporción muy baja del total de personas que sufren estos problemas- es un error político que nos condena a la marginalidad, cuando un tercio de la población vive de alquiler y, por tanto, es susceptible de ser organizada. Tenemos que hablar con los no convencidos, hacer el arduo trabajo político del sindicalismo.

Sabemos que el orden establecido intentará dividirnos por nuestras debilidades: la integración de una clase media joven nativa a costa de la población migrante es una amenaza real. Frente a los análisis de algunos medios de comunicación generalistas de que el alquiler es un problema de jóvenes, debemos leer este momento como una brecha, a la vez, generacional y de clase. Algunos sectores (jóvenes nativos con buenos salarios) corren el riesgo de ser cooptados institucionalmente con los parches

propuestos por el gobierno (bono joven, avales hipotecarios), pero la manifestación del 13-O y la adopción de la huelga como consigna nos muestra que el estado actual de la lucha tiene mucha más potencialidad que eso.

Por tanto, no podemos caer en el error de adoptar demandas maximalistas que no son alcanzables en el corto o medio plazo ni van asociadas a herramientas de lucha autoorganizada para lograrlas. Tampoco podemos quedarnos en una simple crítica constante al “gobierno progresista”, que al final demuestra una falta de autonomía y agenda propia de un movimiento que no deja de apelar a la institución, aunque sea para señalar sus contradicciones. El objetivo debe ser avanzar con estrategias claras y factibles que organicen a la población masivamente, sin recurrir a consignas vacías que solo alimentan un discurso sin sustancia.

Las limitaciones del ciclo anterior

En la semana posterior a las movilizaciones por el derecho a la vivienda del 13 de octubre se han publicado, por parte de militantes del movimiento de vivienda, una serie de análisis y textos que, si bien muestran cierto reconocimiento de las problemáticas urgentes, adolecen de una capacidad real de articular respuestas políticas amplias. Parece que algunos sectores siguen atrapados en dinámicas incapaces de aglutinar más allá de la urgencia, poniendo el foco únicamente en los sectores más precarizados dentro de la precariedad. Estas luchas, por importantes que son, siguen siendo incapaces de superar las limitaciones del ciclo anterior en cuanto a la cuestión organizativa: de forma más o menos consciente, se repiten dinámicas asistencialistas y divisiones entre militantes y afectadas, a la vez que se

rigen alrededor de una única manera de hacer política, que se defiende como la opción más horizontal, democrática y autónoma posible: la participación en una asamblea semanal que es el centro y el todo.

Este enfoque, común en algunas asambleas de barrio, consolida un vanguardismo peligroso: se idealiza al activista como motor del cambio y al “sujeto marginal” como el centro de la lucha bajo la idea de que, por ser el que peor está y más urgencia requiere, es el que menos tiene que perder o menor riesgo de cooptación por el sistema tiene y, por tanto, el que más dispuesto está a asumir riesgos y a ser parte de una lucha colectiva duradera en el tiempo. Además, este enfoque presupone que todo aquel que “peor está” acabará acercándose a la asamblea en el momento en el que se dé cuenta de que la organización y el apoyo mutuo es su única opción.

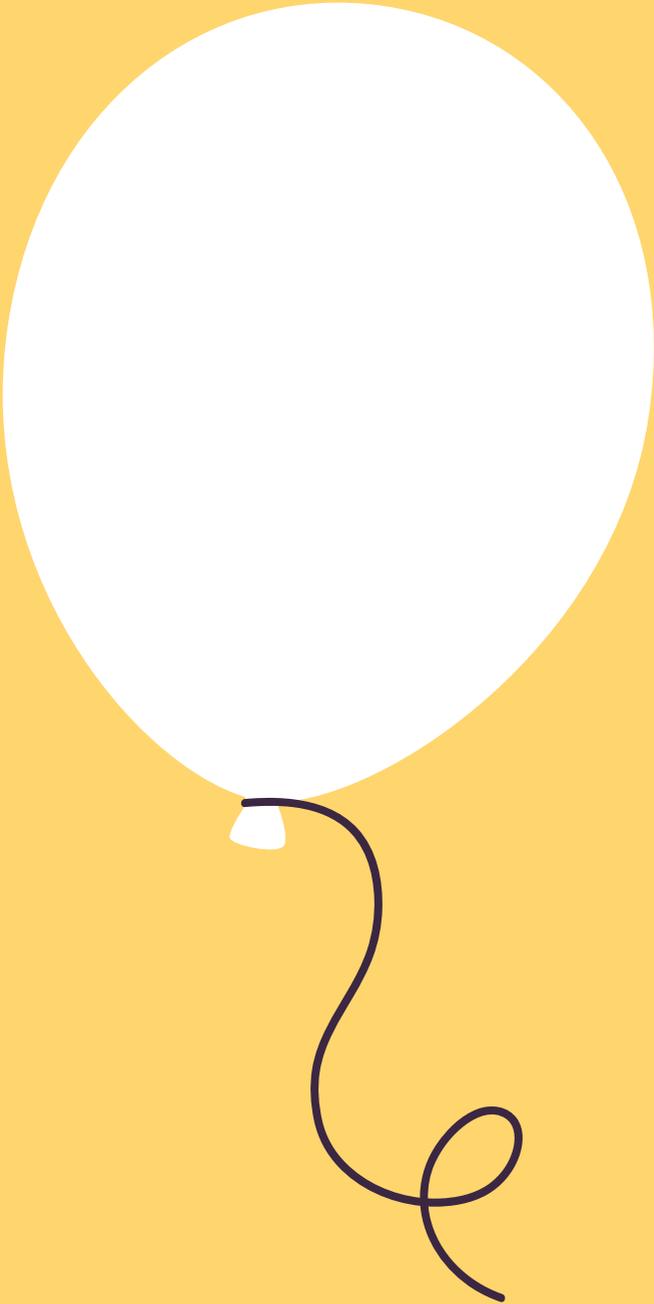
Pero esto es una falacia. La composición de nuestras asambleas a día de hoy no puede determinar el análisis político de fondo que hacemos como movimiento, ni nuestro camino hacia la construcción de nuevas organizaciones que tengan una capacidad real de generar suficiente poder popular como para ejercer un contrapoder autónomo a la patronal y el Estado. Para ello, debemos poner el foco en otro lado: el conflicto por organizar no va a venir a nuestras asambleas, tenemos que salir a buscarlo.

El momento es ahora

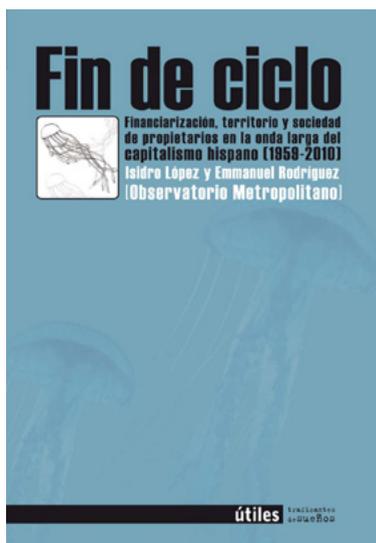
El movimiento de vivienda se encuentra en una encrucijada. Es el momento de que las organizaciones de clase, como los Sindicatos de Inquilinas, lideren este ciclo político. Tenemos una hipótesis que puede impulsar un enorme conflicto y procesos

de organización y formación de contrapoder como hace tiempo que no vemos. Dejemos atrás a los partidos (institucionales o no) y a las cúpulas expertas. Es hora de que la acción política venga de las bases, con una agenda y recursos propios que se enfrenten al poder de las élites rentistas. Nuestro desafío no es solo diagnosticar bien la realidad, sino lanzar llamadas a la acción que realmente construyan poder popular y nos acerquen a la victoria.

Es el momento de actuar, de construir una mayoría organizada y de establecer un nuevo sistema desde las bases.



BIBLIOGRAFÍA- LECTURAS



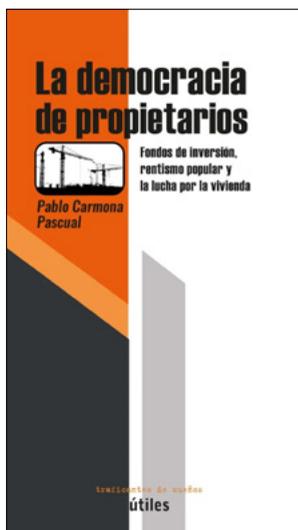
FIN DE CICLO FINANCIARIZACIÓN, TERRITORIO Y SOCIEDAD DE PROPIETARIOS EN LA ONDA LARGA DEL CAPITALISMO HISPANO 1959-2010

ISIDRO LÓPEZ Y EMMANUEL RODRÍGUEZ

La nueva Gran Depresión ha puesto fin a una de las mayores etapas de prosperidad de la historia económica española. Durante más de una década, entre finales de 1994 y principios de 2008, la economía española creció a un ritmo continuo y sostenido, general-

mente más alto que el de la mayor parte de sus socios europeos. La elevada tasa de creación de empleo, permitió incorporar el mayor contingente de fuerza de trabajo de toda su historia: siete millones de trabajadores, la mitad migrantes procedentes del Sur global. El motor de la euforia pareció residir en la llamada «economía del ladrillo». La fuerte expansión del sector de la construcción se tradujo, en efecto, en la producción de más de cuatro millones de viviendas, al tiempo que el país se convertía, por mor de la fuerte inversión pública, en el primer Estado de la Unión Europea por kilómetros de autovía, y luego por kilómetros de ferrocarril de alta velocidad. De todos modos, el dato más significativo de estos años, no estaba en la fuerte tasa de inversión inmobiliaria, sino en el espectacular incremento del valor del patrimonio de las familias que creció en más de tres veces, en

sólo diez, años gracias a la continua alza de los precios de la vivienda. Mientras duró, fueron pocos los que se atrevieron ya no a criticar, sino incluso a querer conocer abiertamente, estos mecanismos. La manta de asfalto sobre los últimos espacios abiertos de la costa mediterránea, la amenaza sobre un creciente número de ecosistemas, el irreversible agotamiento de los ciclos hídricos de las regiones más deficitarias y el fuerte aumento de los consumos de materiales, especialmente energía, no pasaron inadvertidos, pero fueron infravalorados como un «coste menor» de un modelo de crecimiento que proveía riqueza a espaldas, tanto a los agentes empresariales y a las arcas públicas como a importantes franjas sociales. Mucho menos señalada fue la aparente paradoja de cómo se podía crecer a ese ritmo con un modelo laboral caracterizado por una creciente precarización y segregación al que se añadía el apartheid legal de los migrantes de los países del Sur y por un estancamiento a largo plazo de los salarios reales de al menos ¡el 60 % de la población! Indudablemente, esto fue posible porque el rápido crecimiento del crédito y la evolución de la burbuja patrimonial permitieron un significativo incremento del consumo doméstico que, otra vez, fue mayor que el de los países europeos. Es aquí, y no tanto en una conspiración política, donde se debe encontrar el sello de consenso del modelo de desarrollo. La riqueza había parecido beneficiar a prácticamente todos, porque prácticamente todos habían tenido acceso a la propiedad del bien que estaba sirviendo de base a la burbuja especulativa: la vivienda. Nadie podía pensar entonces que, en poco más de un año, la antigua riqueza se convirtiera en quiebras empresariales, endeudamiento, paro y la amenaza de una implosión social de efectos imprevisibles. En efecto, como si de un análisis clínico se tratara, la crisis ha desvelado la debilidad de las bases de este modelo. Por debajo del potente resplandor de la riqueza financiera late una situación mayoritaria de desposesión, desigualdad y precariedad. Lo más inquietante de la actual coyuntura no se encuentra, por lo tanto, en la mayor o menor prontitud de una recuperación que probablemente insistirá en las fórmulas financieras o inmobiliarias de los años pasados, sino en el estallido de una crisis social que sólo ahora empezamos a vislumbrar. Es en esta encrucijada en la que las luchas en torno a la distribución de la riqueza social se vuelven decisivas y en la que el debate sobre lo que siempre subyace a toda discusión económica se hace más urgente que nunca.



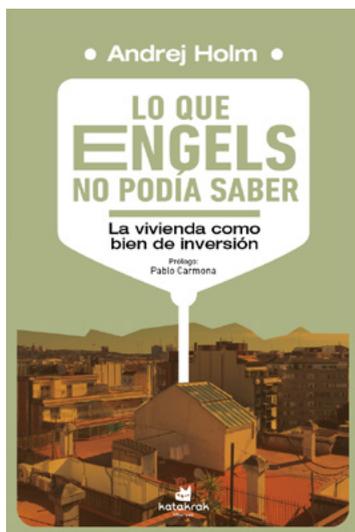
LA DEMOCRACIA DE PROPIETARIOS FONDOS DE INVERSIÓN, RENTISMO POPULAR Y LA LUCHA POR LA VIVIENDA

PABLO CARMONA PASCUAL

Desde el año 2013 se ha abierto en nuestro país un nuevo ciclo inmobiliario. La Gran Recesión iniciada en 2008 llevó al desahucio de cientos de miles de personas, que fueron posteriormente empujadas a un mercado de alquiler con precios cada vez más inflados. Nos hemos convertido así en testigos de la emergencia de una nueva figura social de la crisis, la de los inquilinos precarios, y asociado a esta, de un nuevo problema: la generalización de los desahucios, ahora por impago del alquiler.

Más allá del debate público acerca de la nueva ley de arrendamientos urbanos y de la aparición de nuevos actores como los fondos buitres o las SOCIMI, este libro pretende dibujar una completa cartografía del sistema de la propiedad inmobiliaria en España. En este mapa aparecen los fondos de inversión, la banca, las SOCIMI o la SAREB (el llamado banco malo). También se analiza la persistencia de los desahucios, la eterna carencia de vivienda pública y las nuevas estrategias inmobiliarias de las patronales del sector. Sin embargo, el análisis quedaría del todo incompleto caso de no ubicar en su centro a un actor pocas veces señalado: las extensas clases propietarias que dominan la sociedad española.

Para Pablo Carmona, la democracia de propietarios no es así una simple oligarquía. No está únicamente compuesta por los actores financieros, los grandes propietarios y la vieja burguesía rentista. La democracia de propietarios está ante todo formada por amplias capas de población que tienen en sus activos inmobiliarios un medio fundamental de ahorro, inversión y obtención de rentas. Las preguntas que se plantean son de este modo: ¿qué influencia política tiene esta nueva clase rentista? ¿Qué papel deben jugar las políticas públicas de vivienda? Y, sobre todo, ¿cuál debe ser la posición de los movimientos de lucha por una vivienda digna en este complejo paisaje económico y político?



LO QUE ENGELS NO PODÍA SABER

LA VIVIENDA COMO BIEN DE INVERSIÓN

ANDREJ HOLM

La vivienda es todo menos un asunto privado. Como expresión de las condiciones sociales y objeto de debate político tiene un carácter profundamente social. En el campo de tensión entre el mercado, el Estado y las prácticas cotidianas, los conflictos fundamentales de nuestra sociedad se reflejan en las condiciones de

acceso a la vivienda. En 1872 Friedrich Engels publica Sobre la cuestión de la vivienda en la que aborda los debates sobre política de vivienda de su época y analiza sus crisis periódicas desde la perspectiva de la economía política. Muchas de las consideraciones planteadas en ese libro siguen siendo pertinentes a día de hoy y permiten reconocer cuestiones aparentemente específicas del desarrollo urbano como principios estructurales fundamentales del capitalismo actual.

Sin embargo, plantear la cuestión de la vivienda en el siglo XXI significa pensar más allá de Engels. Los planteamientos feministas sobre la reproducción de los roles de género, los retos ecológicos de la urbanización y el alcance de la regulación e intervención estatal en el sector, han sido centrales en los debates sobre política de vivienda en las últimas décadas y han añadido nuevos elementos a la cuestión.

En Lo que Engels no podía saber. La vivienda como bien de inversión Andrej Holm, además de añadir una mirada actualizada a las hipótesis de Engels, plantea distintas posibilidades para la resolución de los problemas de acceso a la vivienda. En ese relato, destacan las propuestas concretas que se presentan como abanico de alternativas construidas en distintos lugares para tratar, solucionar y atender al derecho de las personas de tener un hogar.



PODER INQUILINO

SINDICATO DE INQUILINAS Y SINDICAT DE LLOGATERES

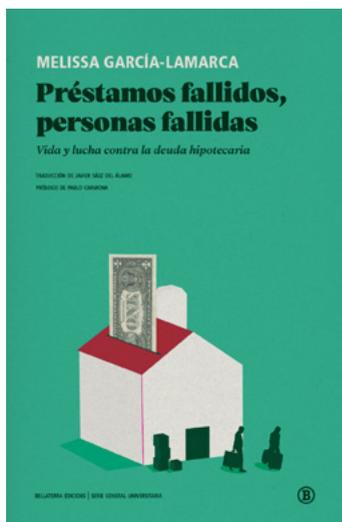
¿Qué significa luchar por la vivienda en un mundo donde nuestras casas son mercancías? En este libro, los sindicatos de inquilinas nos proponen reimaginar la vivienda como un derecho y no como un privilegio. Para ello hemos de analizar las dinámicas económicas que gobiernan el techo bajo el que vivimos, entender los procesos que nos expulsan de nuestras casas y desenmascarar a los actores que se lucran con una de nuestras necesidades más básicas. Además resulta imprescindible comprender la fuerza de nuestras herramientas colectivas: el sindicalismo de base y el poder popular. Desde la financiarización hasta las resistencias cotidianas, en este volumen vas a encontrar análisis, experiencias y estrategias para transformar la indignación en acción colectiva. Porque la lucha por una ciudad habitable empieza desde abajo y no puede esperar. Es nuestro momento.



INQUILINOS, ¡UNÍOS! **CÓMO LA LUCHA SINDICAL PUEDE RESOLVER LA CRISIS DE LA VIVIENDA**

JACOB STRINGER

En las últimas décadas, la lucha por la vivienda ha hecho emerger un nuevo sindicalismo: una generación de sindicatos de inquilinos y de barrio que desde la solidaridad y el apoyo mutuo teje vínculos comunitarios y organiza el poder popular a través de nuevas experiencias de lucha. Cada vez más barrios y ciudades del mundo se unen para desafiar de forma radical al mercado de la vivienda y a los rentistas. En *Inquilinos, uníos!*, el militante e investigador Jacob Stringer explora los desafíos de estos nuevos espacios de organización comunitaria. A través de análisis y situaciones reales, la obra nos lleva a la primera línea de la lucha por mostrar la brutalidad de los propietarios criminales y la explotación del mercado inmobiliario, explicando al detalle en qué consiste esta nueva ola de organización, así como qué aspecto y forma pueden tener las victorias para el sindicalismo de inquilinos.



PRÉSTAMOS FALLIDOS, PERSONAS FALLIDAS

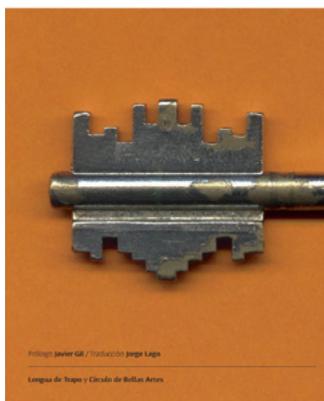
VIDA Y LUCHA CONTRA LA DEUDA HIPOTECARIA

MELISSA GARCÍA-LAMARCA

Préstamos fallidos, personas fallidas cuenta la historia de las personas que viven con una deuda hipotecaria en tiempos de crisis y precariedad, explora cómo el movimiento por el derecho a la vivienda puede convertir el endeudamiento individualizado en una lucha colectiva. Basado en el activismo y la investigación con la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) en Barcelona y Sabadell, aprendiendo de y con la lucha de las personas afectadas. Este aprendizaje sirve de base para entender las vivencias del endeudamiento, de forma diferencial, desde la experiencia racializada y de género, conectan con procesos más amplios de economía política relacionados con la vivienda y la deuda. El análisis presentado en el libro se inspira en intelectuales feministas cuyo trabajo integra el enfoque de la vida diaria en su exploración de la economía política contemporánea, y en antropólogas que conectan procesos macroeconómicos con la experiencia vivida por las personas de a pie.

Vivienda La nueva división de clase

Lisa Adkins, Melinda Cooper y Martijn Konings



VIVIENDA

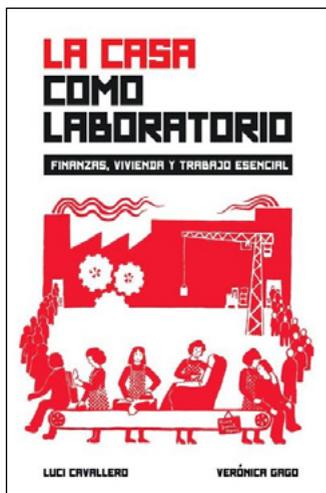
LA NUEVA DIVISIÓN DE CLASE

LISA ADKINS, MELINDA COOPER
Y MARTIJN KONINGS

«La escalada de los precios de la vivienda en las principales ciudades occidentales ha abierto profundos abismos de desigualdad entre personas que ganan los mismos salarios pero que empiezan a diferenciarse por su condición de propietarios o inquilinos». El aumento de la desigualdad se ha convertido ya en el rasgo definitorio de nuestra era. La crisis del petróleo de 1970, la financiera

de 2008 y la pandemia del Covid-19, entre otras, han ido transformando esa desigualdad; y, sin embargo, las herramientas con las que intentamos entenderla son las mismas desde hace demasiado tiempo. En este iluminador ensayo, Lisa Adkins, Melinda Cooper y Martijn Konings exponen que en una economía de activos como la que vivimos, el conflicto social ya no es patrón y trabajador, sino entre propietario e inquilino. El trabajo ha dejado de ser el valor fundamental para definir la clase social; su lugar lo ha ocupado el ser o no propietario de una o más propiedades inmobiliarias.

El libro empieza con un breve recorrido histórico que empieza con la promesa a la generación del baby boom del ascenso social a través de la vivienda, y termina con la constatación millennial de lo contrario: que esta propiedad se ha convertido en un segregador social que canaliza las rentas de la mayoría social hacia una minoría. A continuación, se exploran fenómenos ampliamente debatidos pero poco comprendidos, como la dinámica de la inflación inmobiliaria urbana, los cambios en la política monetaria y la responsabilidad de los políticos de la tercera vía en estos cambios o el papel de los «fondos buitres». Esta edición se completa con «Un país salvaje», un ensayo introductorio de Javier Gil que adapta las propuestas del libro al contexto español y lo conecta con las tensiones sociales recientes para avanzar una hipótesis, que es a la vez una oportunidad: la forma en la que se articule la sociedad en torno a la vivienda definirá el conflicto de clase de las próximas décadas.

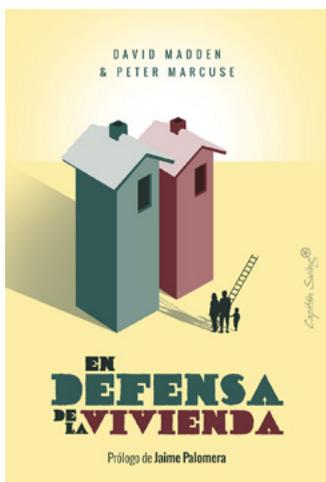


LA CASA COMO LABORATORIO FINANZAS, VIVIENDA Y TRABAJO ESENCIAL

VERÓNICA GAGO Y LUCI CABALLERO

Cuando decimos que la casa se ha transformado en un sitio predilecto para experimentaciones del capital no estamos afirmando que sea un proceso cerrado ni concluido. De allí la importancia de nuestra metodología feminista: vemos en ese espacio vital una disputa abierta y no unas modificaciones definitivas. Aun así, no podemos dejar de partir del cambio ya acontecido en muchas

de las rutinas domésticas, en las dinámicas laborales, en las marcas mismas que ha impuesto la reorganización sensible y logística de la pandemia.



EN DEFENSA DE LA VIVIENDA

DAVID MADDEN Y PETER MARCUSE

Todas las personas necesitan y merecen alojamiento. Pero hoy nuestros hogares se están transformando en mercancías, haciendo que las desigualdades de la ciudad sean cada vez más agudas. El beneficio se ha vuelto más importante que la necesidad social. Los pobres se ven obligados a pagar más por una peor vivienda. Las comunidades se enfrentan a la violencia del desplazamiento y la gentrificación. Y los bene-

ficios de una vivienda digna solo están disponibles para aquellos que pueden pagarla. La crisis de la vivienda no puede ser resuelta con cambios de política menores, argumentan. Más bien, la crisis de la vivienda tiene profundas raíces políticas y económicas y, por lo tanto, requiere una respuesta radical.



HASTA QUE CAIGA EL PATRIARCADO Y NO HAYA NI UN DESAHUCIO MÁS

DEUDA, VIVIENDA Y VIOLENCIA PATRIARCAL

MYRIAN ESPINOZA MINDA Y
LOTTA MERI PIRITA TENHUNEN

En el segundo cuaderno de la serie sobre feminismo sindicalista, «Hasta que caiga el patriarcado y no haya ni un desahucio más. Deuda, vivienda y violencia patriarcal», leemos la historia de las últimas etapas de la crisis global del derecho a la vivienda en España contadas desde las vidas concretas de sus protagonistas improbables, las mujeres que buscaron en la organización popular una manera de desafiar el destino diseñado para ellas por el gran capital. A través de sus experiencias, las integrantes del grupo de las mujeres del nodo vallecano de la Plataforma de Afectad@s por la Hipoteca (PAH Vallekas) nos enseñan la manera en la que han entendido la violencia de los mercados financieros e inmobiliarios como íntimamente ligada con la violencia machista y patriarcal.

**CONTRA EL REALISMO
DOMÉSTICO**
ESCRITOS SOBRE
VIVIENDA,
GÉNERO, TRABAJO
Y TECNOLOGÍA

HELEN HESTER



**CONTRA EL REALISMO
DOMÉSTICO**

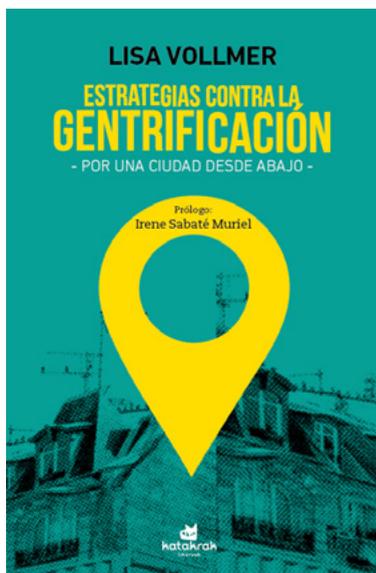
**ESCRITOS SOBRE VIVIENDA,
GÉNERO, TRABAJO Y TECNOLOGÍA**

HELEN HESTER

A pesar de los siglos de historia y el amplio legado de diseños de viviendas, barrios y ciudades, y pese al desarrollo de todo tipo de tecnologías y productos para el hogar, hay un aspecto olvidado no del todo abordado, ni mucho menos resuelto por arquitectes, visionaries, promotores y empresas a lo largo y ancho del mundo: el trabajo doméstico.

En este libro, la filósofa xenofeminista Helen Hester analiza la disfuncionalidad y las implicaciones de los estancos imaginarios domésticos a lo largo del siglo XX este realismo doméstico, o la incapacidad para imaginar alternativas a nuestros modelos y aspiraciones.

Mira al corazón mismo de lo doméstico para imaginar lo impensable: una política prometeica y feminista que confíe en la automatización hacia la emancipación; una arquitectura diseñada no para sostener ni ocultar el trabajo, sino para abolirlo o, al menos, minimizarlo?; y una tecnología que no solo asista, sino que cuide, cuestione, transforme y nos libere de las cargas del trabajo doméstico. Desde el mito de la casa suburbana de ensueño hasta la encantadora distopía de los robots de compañía, de las aspiraciones domésticas masculinas del piso de soltero de Playboy a las innovadoras utopías de los años sesenta, este ensayo dibuja un mapa para repensar radicalmente la reproducción social y los cuidados dentro de las paredes de la cotidianeidad de nuestro hogares.



ESTRATEGIAS CONTRA LA GENTRIFICACIÓN POR UNA CIUDAD DESDE ABAJO

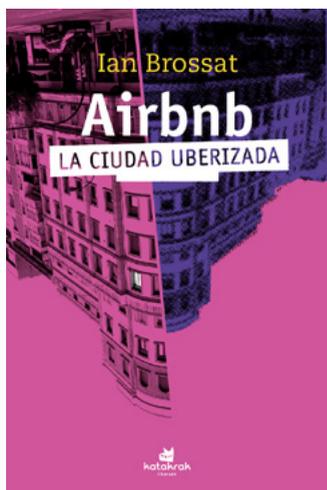
LISA VOLLMER

Las ciudades en las que habitamos están atravesadas por múltiples tensiones. Una de ellas ha recibido el nombre de gentrificación, y trata de nombrar a aquellos procesos de expulsión de ciertas capas sociales (y por tanto de las personas que las componen) de determinadas zonas de la ciudad a otras. Generalmente se habla de una expulsión de las clases bajas del centro hacia

el extrarradio, aunque no siempre sea así. La gentrificación es un concepto disputado, tanto en el análisis de sus causas como en las soluciones que se proponen ante ella.

En el presente ensayo, Lisa Vollmer, activista en movimientos de inquilinos e investigadora en el Institut für Europäische Urbanistik de la Universidad de Weimar, consigue aunar por primera vez dos elementos: por un lado, una visión panorámica de las teorías sobre la gentrificación existentes, y por otro lado una visión de conjunto de las diferentes estrategias desarrolladas por los movimientos contra la gentrificación.

El análisis de las dinámicas económicas y culturales que conducen a los cambios en la composición social de los barrios se complementa con una investigación sobre cómo se forman los grupos de afectados y afectadas, y cómo se puede colectivizar su condición. También señala las diferentes estrategias que se pueden seguir, desde el trabajo de lobby y hasta la organización de base; cómo abordar los discursos sobre la mezcla social; cómo reclamar el derecho a quedarse gracias a una comunidad local; como tratar con los riesgos de no ir más allá de meras dinámicas participativas y qué reivindicaciones despliegan las protestas de inquilinos e inquilinas contra el desembarco de los inversores en sus barrios.

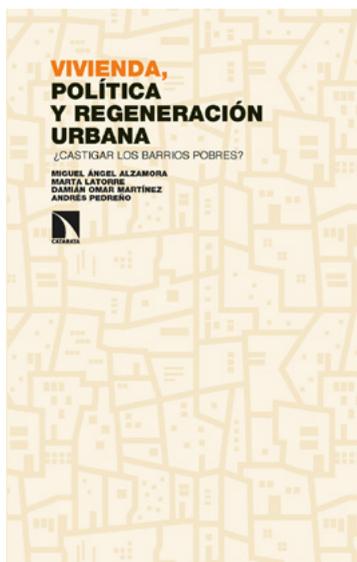


AIRBNB **LA CIUDAD UBERIZADA** IAN BROSSAT

La economía colaborativa se ha convertido en una economía de la depredación. Nuestras ciudades están recorridas por multinacionales que, parapetadas tras la bella imagen del compartir, extraen renta de cualquier nuevo caladero. Aportando datos inéditos, Ian Brossat muestra cómo esta “uberización de lo urbano” impacta en nuestras vidas: aumento de los alquileres,

especulación, estandarización de los comercios, transformaciones en los tiempos de vida... También revela la cara oculta de Airbnb, entre el lobbeying y los entramados fiscales, bien lejos de la imagen cool que proyecta la línea americana.

La cuestión de las geografías del poder resulta hoy todavía más urgente, ya que Airbnb no es más que la parte visible de un gran iceberg: Google construye edificios, Amazon se posiciona compitiendo con todos los comercios, Uber privatiza la circulación en la ciudad. Estas multinacionales transforman nuestras ciudades en mercados y pretenden hacer leyes que maximicen sus beneficios. Para contrarrestar a estos gigantes, existen hoy en día soluciones concretas y aplicables, que requieren, eso sí, una movilización ciudadana.



VIVIENDA, POLÍTICA Y REGENERACIÓN URBANA

VIVIENDA, POLÍTICA Y REGENERACIÓN URBANA

MIGUEL ÁNGEL ALZAMORA, MARTA LATORRE,
DAMIÁN MARTÍNEZ Y ANDRÉS PEDREÑO

Los barrios pobres concentran las problemáticas más graves de exclusión social y residencial de nuestras ciudades. Estos lugares, etiquetados como ¿barrios de mala fama?, han estado sometidos a procesos históricos de segregación, reforzados por las políticas urbanas y los discursos de los medios de comunicación.

Esta obra ahonda en un análisis sociológico sobre estos espacios marginados y estigmatizados, como es el caso de La Paz en Murcia y Los Mateos en Cartagena, y propone conceptualizar como hipersuburbio desafiado esta configuración de una nueva forma espacial de pobreza. Explica cómo la intervención del Estado y las políticas de seguridad han contribuido a infamar estos barrios como ¿zonas de conflicto?, en lugar de ofrecer soluciones a los problemas de desigualdad y exclusión residencial. Las políticas neoliberales han perpetuado estas dinámicas al incidir en la criminalización, la asistencia superficial y la regeneración urbana. A partir de una amplia investigación etnográfica y basada en entrevistas a asociaciones civiles, promotores inmobiliarios y vecinos de estos barrios, sus autores muestran cómo la gentrificación, el desarraigo forzado y las promesas incumplidas de regeneración urbana alteran no solo los paisajes físicos, sino también, vulnerándola, la vida de sus habitantes. Esta obra ofrece claves para entender la compleja relación entre urbanismo, exclusión social y políticas públicas en las ciudades contemporáneas. hoy en día soluciones concretas y aplicables, que requieren, eso sí, una movilización ciudadana.

En el curso 2024/2025 asistimos a las mayores movilizaciones que se recuerdan en defensa del territorio y el derecho a la vivienda. Definitivamente, el ciclo inmobiliario que mueven las economías turísticas, la vivienda en alquiler y la crisis de la sociedad de propietarios han despertado un fuerte grado de oposición.

Desde la Islas Canarias hasta Las Baleares, desde Málaga hasta Madrid y Barcelona, todas las ciudades ven como se levantan movilizaciones. La lucha territorial en el ámbito urbano ha encontrado en los pisos turísticos y la imposibilidad para muchas personas de acceder de manera digna a una vivienda sus dos elementos de impulso. Ciudades convertidas en parques temáticos, espacios urbanos destinados a la pura inversión o políticas públicas que no tocan los problemas de fondo son algunos de los síntomas de un problema estructural de las economías capitalistas.

A través de ellos se pueden ver como se han estructurado distintos ciclos financieros y de inversión, cuales son sus modelos de acumulación y extracción de rentas. Al fin y al cabo, entender la función que el territorio urbano y los entornos construidos juegan en las dinámicas capitalistas, pero también en las políticas públicas que ayudan a sostenerlas.

En este curso haremos un breve mapa de propiedad inmobiliaria en el Estado español, también de las dinámicas patrimoniales y rentistas que lo impulsan. Todo con la intención de pensar —en segundo lugar— cuales son las posibles apuestas de lucha en este contexto. ¿Quién y cómo nos podemos organizar en el futuro? ¿Cuáles son las luchas por venir?

Este cuadernillo que tienes entre las manos es una guía de lectura de distintos textos, referencias bibliográficas y enlaces a los audios del curso de Nociones Comunes titulado Las luchas de la vivienda.



Actividad financiada por:

